

“EL RIO BAJO AGUA”

PRÓLOGO

La sinuosidad "viboreante" del río Uruguay alto, concretando parte de la división geográfica entre los Estados de Río Grande del Sur y Santa Catarina, pareciera querer despistar los residuos que va recibiendo en su camino, mientras desciende desde sus aproximadamente 1800 metros de altura sobre el nivel del mar.

El agua corre y corre. Las partículas buscan oxigenarse como un nadador entre brazadas y brazadas, imprimiendo velocidad para que no las alcance el virus dañino que las enferme.



En ese esfuerzo, ese tenaz esfuerzo, algo comienza a frenarlas. Son un montón de otras partículas que se han detenido buscando espacio en el lago que artificialmente les han generado. Entonces, aparece Machadino.



No es un personaje. Es una Hidroeléctrica que genera confort, producción, industrias y una sobredosis de impacto ambiental importante, tanto que las millones de partículas son víctimas de las bacterias que transforman su cuerpo y se desgranán hasta su muerte, permitiendo que el agua quede abandonada a la buena de Dios.

Muchas luchan por llegar al turbinado y poner su granito de arena para la generación de energía; algunas deben esperar 49 días o, aunque sea, la gran esperanza de la apertura de las compuertas ante tanta presencia de agua, una determinación operativa que las lleva en masiva escapada hacia la ¡LIBERTAD!

Sin mirar atrás e impulsadas bravamente, se lanzan a recuperar la vida que todavía les sonrío, sin mirar atrás, sin ni siquiera recordar. Ya nacieron, ¡y ahora a vivir! Mejor dicho, a seguir viviendo. Claro, la naturaleza no es humana, es divina, y sus imperfecciones son causadas por el hombre. Entonces, buscan recuperarse viajando a más velocidad y chocando con las piedras en saltos estrepitosos que devuelven su originalidad.



El destino no puede ser tan altanero. Tras sus casi 15 km por hora de velocidad en cuesta abajo y, cuando parecían alcanzar la plenitud, aparece la noticia menos querida: Itá. Otra Hidroeléctrica a la vista, que produce los rebajes inmediatos para ingresar al lago como lo haría un auto de fórmula uno ante una chicana. ¡¡Que fastidio!! Ahora, a sobrevivir. “Si esto era libertad, demasiado controlada para mi gusto”, pensaba una partícula mientras bajaba sus pulsaciones.



“Nuevamente a cuidarnos, nuevamente a sentir de cerca el fantasma del residuo, que acecha desde las orillas, de donde proviene. Porque nosotras, las partículas de agua del Río Uruguay, abastecemos ciudades, fábricas, campos, diferentes emprendimientos, pero nos devuelven así nomas, sin contemplaciones, sucias de residuos”, reflexionaban. “Deberían ser más atentos. Algunas nos acercamos a las tres turbinas rápidamente, otras esperarán 45 días y una parte espera a las compuertas”. Se ve en un

sector quienes rezan alrededor de las torres de la iglesia vieja, que con buen tino mantuvieron para que la ciudad, que quedó bajo el agua, esté en la retina de los ciudadanos Itaenses.



Otros ríos se han ido sumando en esta “serpentina” de la geografía de las sierras en que el río busca su dirección zigzagueante, como el Peixe, Chapecó, Peperi-Guaçu, Icamaquã, Apuauê, Passo Fundo, Ijuí, da Várzea, Quaraí y Inhandava, brazos de la cuenca que, en forma enraizada, se muestra constantemente.

De aquí en más, dejemos que sea una de estas partículas de agua quien nos cuente cómo sigue su complicado camino río abajo:

Si nos imaginábamos que con Itá la historia terminaba ahí, como si nos hubieran soltado las amarras, lejos quedarán nuestras pretensiones, aunque nuevamente agarráramos velocidad y energías como en los primeros tramos.

Es que el hombre no para de agredirnos, siendo que él forma parte de la naturaleza. Si nos lastima, se está lastimando a sí mismo.

EL HOMBRE NECESITA DE LA NATURALEZA, COMO LA NATURALEZA DEL HOMBRE.



Sé que soy una mínima partícula, expresión de lo natural, del agua, y voy contando mi vida mientras vivo, mientras pueda vivir.

Nos miramos entre las millones que somos, descendiendo por este maravilloso río, el Uruguay, sintiendo en nuestras miradas el desconcierto de lo que vendrá, mientras tratamos de recuperarnos e huir de los virus que nos persiguen constantemente.

Siento un murmullo cada vez más sonoro, incisivo, reconocido, y como no podía ser de otra manera, una nueva hidroeléctrica está a la vista: Foz de Chapeco. Nuevamente a sobrevivir sin nuestra preciada libertad natural, a requerir de una paciencia ya entrenada por unos días, que, a lo sumo, serán 14. Sentimos entre nosotros un olor diferente del comienzo. Es que los residuos de criaderos de pollos y chanchos se hace sentir en toda la región y es imposible escapar de su compañía.



Soy débil, soy fuerte, depende cómo se me mire. Tengo la certeza de que soy frágil; lo sé. Todos me necesitan sin excepción, pero muy pocos tienen el ansia de cuidarme en mi batir.

Vivimos oprimidas por turbinas que una vez más nos sacuden violentamente para continuar con el desarrollo. ¿De quién? ¿Nosotros somos desarrollo? Queda atrás la Usina llena de energía y aquí, con mis pares, todas transpiradas, a correr y correr porque seguimos bajando y bajando.

¡Mira vos como son las cosas! Nos acostumbramos tanto a un sonido artificial como el de las usinas hidroeléctricas, que al sentir nuevamente un gran tronar aproximarse, nos llenamos de miedo, hasta que nos sorprendemos con unos saltos únicos en su forma que nos llegan al alma y, entonces sí, recuperamos la sonrisa amplia y gritamos un sapucaí entusiasta. Son los Saltos de Moconá. Nos comen, nos tragan y nos desnudan, porque rejuvenecemos y nos devuelven el sentir de ser puras de verdad.



Ya la velocidad es menor y las orillas coloradas. Nos dicen que una es Argentina y la otra sigue siendo brasilera, pero nuestro lenguaje es uno y desde siempre natural, con lo cual no podemos reconocer otras voces, salvo la de algún poeta cautivado por la creación.



¡Qué ganas de respirar hondamente! Lo hago, y, al hacerlo, mis pulmones se llenan de yerbatales, de campos con hojas seductoras para la cosecha que vendrá.

Voy besando costas y costas de parajes bellísimos, añorando jangueadores de antaño con balsas de troncos de cedro misionero y timbo colorado, pero encontrándome con ¡locos! Que hacen de las suyas.



Miles de peces, pájaros y bichos que triunfan en la batalla del vivir, del sobrevivir. Es que hay pescadores con sus redes. Hay cazadores con sus escopetas. Sus instintos desperdiciados en abrumar lo natural, en búsqueda de satisfacer sus ganas por conquistar.



Veo balsas que atraviesan mi río, que producen pequeñas olas que dan cachetadas a las orillas arrastrando algunas ramas desprendidas de la arboleda. Unen pueblos, familias, reencuentros o tan solo la posibilidad de continuar viaje hacia quién sabe dónde.

En algunas oportunidades, levanté la vista y vi la sombra de puentes sobre nosotras, pero pocos me impresionaron como el de Sao Borja. Es que las orillas ya quedan más lejos y nuestra velocidad descendió abruptamente, entonces es más tiempo para ver esa franja inmensa al mirar hacia el cielo.

Encontrarnos con rocas y grandes piedras no es una novedad; cada tanto nos sucede, pero otro puente extenso como el de “Libres”, vaya que no lo esperábamos; seguramente nos aproximamos a ciudades con más gente, con necesidades de conexión, que no es unión pero en el fondo pretende serlo. Como nosotros, las partículas, al unirnos formamos ríos, igual los humanos al unirse forman comunidad.

Nuestro viajar es lento; estamos más adultas, entradas en tiempo de vida. Al mirar con atención hacia adelante nos sorprende la inmensidad de amigas que parecen venirse encima. ¡Hay montones! ¿Es que ya llegamos al final? La realidad nos dice que hay otro lago. Otro gran lago. Otra hidroeléctrica: Salto Grande.

100 días de estadías, más de tres meses, como si hay obligación de descansar o reposar, porque se nos atiende como ancianas, pero no por exceso de maduración. Todo lo contrario: corremos el riesgo de convertirnos en verdes algas. Más que un riesgo es una realidad.



Si nadie nos agrediera, esta tranquilidad estaría promocionada por nuestro mismo ánimo. Es tan grande esta pared que debemos atravesar, 14 turbinas o brisas compuertas que nos desbarrancan en manadas indomables. Si hasta aquí sentimos que veníamos en un río de lagos, aquí empezamos a sentir estar en un lago de ríos.

Ya no somos las mismas que partimos desde cascadas súper elevadas y de corridas salvajes. Hay quienes murieron; otras absorbidas por industrias o ciudades demandando necesidades básicas; también grandes superficies de plantaciones requiriendo nuestro riego. Arrastramos gran cantidad de residuos, materia fecal, restos industriales y nos terminamos peleando con las inundaciones y el desvalido impulso de tanta impotencia desbordada.

Pasan los días y las noches. La luna que nos mira con una sonrisa, pero el sol implacable nos castiga hasta dejarnos rojas de una temperatura que nos doblaga, perforando nuestra poca respiración.

No he dicho nada de tantas amigas que descendieron de nubes escandalosas en truenos que las impulsaron hasta nosotras en forma de lluvias copiosas, que nos traían música en gotas de húmedas sinfonías.

Inesperadamente caemos por las compuertas que se abren dejándonos un breve balcón para un vistazo del cauce que nos espera. Somos muchas y, de golpe, un torbellino revuelve nuestro estómago vacío de hambre de rapidez, y así, como corridas de toros, salimos hacia adelante intempestivamente.



Río Uruguay, quisiera ser una estrella del “Cielo azul que viaja”, con transparencia vitral y delicada piel seductora. Aún en ese deseo, mis lágrimas contenidas son debido a un pasado orgulloso de pureza indescriptible, mas este presente arrogante pronostica un futuro desalentador.

Dejo un Salto y veo una Concordia. ¿Será que concordar entre todos nos recuperará parcialmente el recuerdo y las imágenes que supieron ver nuestros abuelos, como las playas colonenses y los puertos de barcos de mar abierto?



Voy buscando el final del río. Una planta enorme me distrae con su humeante producción, que no hace ninguna excepción al llevarse muchas compañeras y devolver a la mayoría con tambaleante y progresivo andar, como boxeador golpeado a punto de caer a la lona.



Un montón de brazos de agua denuncian el delta, y ya casi en Punta Gorda donde termino de ser el río de los “pájaros”, para encontrarme con el río Paraná, y confundirnos en un gran abrazo donde nos envuelve el “plata”, a tanto desgaste por viajar.

Me he rendido ante moros, piedras, lagos, llanuras y un sinfín de paisajes hasta la desembocadura.

Me reconozco como río, como agua, como partícula, como natural.

Ahora, mi realidad es que a pesar de transportarme sobre un lecho, me siento un RIO “BAJO EL AGUA”.

Con mucha agua, pero muy poco cuidado.